

Pasolini, necesidad y misterio

La obra del intelectual transgresor emerge en el cuadragésimo aniversario de su muerte [P2]

El Norte de Castilla

Sábado, 07.03.15
Número CXCIV

LA SOMBRA DEL CIPRÉS

Pier Paolo Pasolini, durante el rodaje de 'Accattone'. :: REPORTERS ASSOCIATI



Pasolini, fotografiado en Roma, en diciembre de 1974. :: AFP

CARLOS
AGANZO



blogs.elnortedecastilla.es/elavisador/

Su padre, señalado fascista de orígenes aristocráticos, fue célebre por salvar la vida del Duce en el atentado que contra él perpetró el jovencísimo Anteo Zamboni en 1926. Su madre, ferviente católica, provenía de una humilde familia de campesinos, venida a más en las últimas generaciones. Y él, como reacción, se forjó su propia cultura. Estudió arte, literatura, filosofía, antropología y lenguas vivas y muertas... Y terminó definiéndose a sí mismo como un «católico marxista». Pero ni lo uno ni lo otro. O tal vez ambas cosas, si bien ninguna de las dos «iglesias» a las que Pier Paolo Pasolini decía servir quiso acogerlo en su seno.

ANGÉLICA
TANARRO



blogs.elnortedecastilla.es/calle58/
[@angelicatanarro/twiter.com](https://twitter.com/angelicatanarro)

Un aniversario redondo. En noviembre se cumplirán cuarenta años del todavía inexplicable asesinato de Pier Paolo Pasolini y la efemérides ya está dando sus frutos. Sea bienvenida como excusa para devolver al primer plano de la actualidad a un intelectual transgresor en un momento en el que ambos conceptos: intelectual y transgresor han visto contaminados sus auténticos perfiles.

Si hubiera que resumir en un adjetivo la sensación que produce el reencuentro con su cine y su literatura, con ese cúmulo de 'contradicciones' que fueron, de alguna manera, marca de agua de su producción, contradicciones que se manifestaban en una especie de diálogo consigo mismo, con su polifacético ser, ese adjetivo sería 'necesario', una palabra justa a pesar de su banal utilización hoy en día. «El escándalo de contradecirme, de estar/ contigo y contra ti; contigo de corazón/ en luz, en tu contra con las oscuras vísceras», escribe en 'Las cenizas de Gramsci'.

El universo Pasolini, nunca lejano, se acerca estos días para recordarnos en parte de dónde venimos, quiénes somos. No importa que sobre algunas de sus obras el tiempo haya sido menos amable, lo

Memoria del poeta excomulgado

Acabada la guerra, ingresó en el Partido Comunista, pero dos años después le recusaron por «indignidad moral». En el acta de expulsión, redactada por el PCI de Pordenone, el partido aprovechaba para «denunciar una vez más las deletéreas influencias de determinadas corrientes ideológicas y filosóficas, como las de los Gide, Sartre y demás celebrados poetas y literatos que se las dan de progresistas». La homosexualidad de Pasolini y la secular desconfianza de

los comunistas hacia los intelectuales pesaron más que todos los poemas sobre los barrios bajos y la clase obrera que había escrito antes, o que toda la obra de innegable militancia socialista que vino después, incluidas novelas como ‘Chicos del arroyo’ o ‘Una vida violenta’, que le consagraron también como narrador.

Reconocido ateo, en 1963 fue condenado a cuatro meses de cárcel por sus furibundas críticas al clero, y sin embargo un año después rodó ‘El

Evangelio según San Mateo’ que, a pesar de su lectura marxista, más tarde sería reconocida por el Vaticano como una de las mejores películas sobre la vida de Jesús de todo el siglo XX. Una actitud contradictoria que chocó tanto como su permanente oposición a la ley del aborto, o como sus críticas a las revueltas de estudiantes, a los que consideraba excesivamente aburguesados... Más tarde, entregado ya de pleno a sus propias visiones y alucinaciones, su home-

naje al Marqués de Sade en ‘Saló o los 120 días de Sodoma’ terminaría costándole la vida, formándose a partir de entonces un mito cuyos perfiles están aún por definir.

En esta lucha permanente entre opuestos, ética y estéticamente iguales a los ojos del poeta, mucho tuvo que ver sin duda su homosexualidad, pero también la pasión –y la desconfianza a un tiempo– de Pasolini hacia su propia cultura. Un desasosiego que le llevó a buscar en todos

los géneros, sin perder nunca de vista el primero de ellos: la poesía.

Así es como hay que entender la obra poética de Pier Paolo Pasolini, pasional, dolorosamente atrapada entre el misticismo y el existencialismo; entre el narcisismo y la compasión; entre el dandismo intelectual y el obrerismo devocional. Así, por ejemplo, en un poema como ‘El llanto de la excavadora’, entre «autobuses agonizantes», sudores, calles de fango y «jóvenes envejecidos por el vicio» el poeta es capaz de percibir «un resplandor, un hálito» que no es capaz acaso de describir, pero que le da a la realidad, «humilde y sucia, confusa e inmensa», un inequívoco «sentido de serena piedad».

La agonía, al fin, de un «testigo provocador», de un poeta doblemente excomulgado que dejó de escribir únicamente cuando sintió que ya no tenía interlocutores para su poesía: «No veo con quién dialo-

gar –dijo– utilizando esa sinceridad típica de la poesía, que llega incluso a ser cruel (...) La poesía necesita que haya una sociedad capaz de dialogar con el pobre poeta. En Italia no existe tal sociedad».

Un poeta de clarividente confusión cuya única e infructuosa ambición fue la de dar una elegancia, un cierto estilo, a lo más descarnado y sórdido del mundo. Un mundo que nunca comprendió, como tampoco fue nunca comprendido por él. «Para ser poetas –escribe Pasolini en 1961– hay que tener mucho tiempo: / horas y horas de soledad son el único modo / para que se forme algo, que es fuerza, abandono, / vicio, libertad, para dar estilo al caos. / Yo, ahora, tengo poco tiempo: por culpa de la muerte / que se viene encima, en el ocaso de la juventud. / Pero por culpa también de este nuestro mundo humano / que quita el pan a los pobres, y a los poetas la paz».

Pier Paolo Pasolini, necesidad y misterio

Nórdica publica ‘La religión de mi tiempo’, una antología que recoge lo principal de su producción poética entre 1957 y 1971

esencial de su producción sigue manteniendo la fuerza, la pulsión del genio, esa temperatura febril en la que se distinguen quienes marcan el camino. Lo esencial de ese universo está inoculado en cada película, en cada libro de poemas, en sus ensayos, pues es sabido que en su caso los géneros son casi una anécdota y que, como él mismo dijo, hacía las películas «como poeta».

La pasada Mostra de Venecia acogió el primero de los hitos de esta celebración: la película que sobre las últimas 48 horas de vida del creador filmó Abel Ferrara. La proyección oficial del filme, protagonizado por Willem Dafoe en el papel del cineasta –y que llega a las pantallas españolas este mes– vino a desmentir los rumores acerca de que el filme arrojaba una luz nueva sobre el misterio que aún hoy rodea su muerte, ocurrida en la playa de Ostia en no-

viembre de 1975. Dispersado el morbo, emergió el retrato de las obsesiones que persiguieron al creador.

Algunas de ellas están en ‘La religión de mi tiempo’, una nueva antología de su obra poética que Nórdica ha publicado en este año pasoliniano. El libro, traducido por Martín López-Vega, incluye ‘Las cenizas de Gramsci’ (1957), ‘La religión de mi tiempo’ (1961), ‘Poesía e forma de rosa’ (1964) y ‘Transhumano y organizar’ (1971).

El sentimiento de desilusión que preside ‘La religión de mi tiempo’ y que él mismo había expresado al ‘explicar’ el libro («expresa la crisis de los años sesenta [...]. La sirena neocapitalista de un lado, el desestimiento revolucionario del otro; es el vacío, el terrible vacío existencial que nos derrota») recorre de alguna manera las páginas de toda la antología, desde los

versos del libro que la inaugura, un largo poema narrativo en el que el autor dialoga con la tumba del fundador del Partido Comunista italiano en 1921. El intelectual marxista tuvo mucha influencia en los años de formación del cineasta, pero en este poema lo convierte en «el centro de la diana de su desilusión», en palabras de López-Vega.

Profano y sagrado

Lo profano y lo sagrado, la sexualidad y un cierto misticismo, lo culto y lo marginal, en definitiva la amalgama de obsesiones que encontramos en el resto de su obra, se mezclan en estas páginas, con ese ritmo salmódico que caracteriza su poesía.

Una poesía que, como el resto de su creación, es profundamente autobiográfica. Así la veía también la poeta Olvido García Valdés en el prólogo a la edición de ‘La religión de mi



tiempo’ que sacó a la luz el sello Icaria en 1997, traducida por ella: «literatura, pensamiento y vida confluyen en ella sin solución de continuidad».

Para la autora de ‘Lo solo del animal’, lo que busca la poesía pasoliniana es el «espesor, la intensidad de la vida, y espesor e intensidad se halla con frecuencia en los cueros, en las actitudes y gestos de las clases populares».

Está en el libro el Pasolini provocador, pero «nunca la provocación de Pasolini fue gratuita», afirma su traductor. «Su modo de provocar era levantar pavesas para mostrar la tierra que había debajo, desmontar el decorado oficial (...)» y el método para hacerlo «consistía en mover una pieza de su sitio. Cambiar de lugar una pieza que siempre ha estado en el mismo lugar obliga a ver la realidad desde un ángulo nuevo».

Él como primer y lúcido observador de esa realidad construye un universo excesivo y contradictorio, resbaladizo, que nunca acabaremos de desentrañar del todo. «Todo el mundo es mi cuerpo insepulto», afirma un verso de ‘La realidad’.

En ella hace profesión de amor a la vida, aunque sea desesperado: «¿Me pedirás tú, muerto sin alharacas, / que abandone esta desesperada / pasión de estar en el mundo?» le dice a Gramsci. Aunque intuye que morirá sin haber comprendido su misterio. «Moriré sin haber conocido el profundo / sentido de ser hombre, nacido a una sola / vida, que a nada corresponde en la eternidad».

Pasolini vive, sin embargo, en su poesía, intensamente vital.